

Limpeza Inconclusa

Me en acerco a ti con deliberada lentitud. Luces tensa, ansiosa. Sufres un dolor que aún no se siente, pero que ya te lo evoca la memoria. Mi presencia te hará palpar cada nervio, cambiará el ritmo de la sangre que empieza a aglutinarse en tus venas. Tú, indefensa. Yo, inclinándome sobre ti. Listo.

Mis fantasías toman ese rumbo cada vez que una mujer hermosa se sienta en mi gabinete. Algo simbólico ocurre cuando la fresadora se introduce en una boca carnosa, y perfora sin piedad, mientras la hembra se estremece en la silla. Y a mí me da por divagar de esa manera, sobre todo cuando se presentan cuadros como éste.

“Abra más la boca, por favor. Un poco más. Así.”

Tienes unas piernas riquísimas. Macizas. Con esas piernas y esos senos....

“Le noto algo extraño en la segunda muela de la izquierda del maxilar inferior. Espere un segundo, por favor. ¿Le duele? ¿No? ¿Siente algo frío? ¿Sí? Es posiblemente una carie. No, a menudo las caries no se notan ni duelen hasta que llegan al nervio. A ver, haga unas gárgaras con esta solución.”

Viniste a hacerte una limpieza, pero yo estoy seguro que te tengo comiendo de mi mano en un par de días. Ya vi cómo me mirabas cuando entraste. Todas son iguales, y tú probablemente vas a resultar más fácil que la mayoría.

“Perdóneme, que se me olvida. ¿Cuál es su nombre?”

“Ese es un nombre muy bonito. Una de mis primas también se llama Cristina. Caramba, hasta se parecen un poco. ¿Ahí le duele? ¿Mucho? Mi prima Cristina es alta como usted, pero más bien delgada. ¿Y aquí? ¿También? Y no es tan atractiva.”

“Pero si es verdad. Apuesto que su esposo se lo debe repetir todos los días. ¡Oh, excúseme, no sabe cuánto lo siento! ¡Tan joven! ¿Y perdone la pregunta, cómo el murió? Sí, morir de repente es terrible. El padre de mi mejor amigo también murió así. El comió unas conservas enlatadas que estaban pasadas. Ud. sabe, *chlostidium botulinus*. Una lástima. La pobre viuda estaba inconsolable. Me imagino lo que usted habrá sufrido.”

“Veamos ahora este lado. ¿Esto le duele? ¿Y aquí? Cristina, una joven sensible como Ud. debe sentir el gran vacío que deja la falta de un hombre.”

Ahora una pausa, y entonces el efecto.

“Cristina, según los rayos X y mi examen, tiene cuatro piezas cariadas, y una de las caries es bien profunda. Podemos empezar el tratamiento hoy mismo, o lo dejamos para otro día, pero le aconsejo que sea pronto. No, no me tiene que pagar todo ahora, lo que no cubra me lo paga en la próxima visita.”

Hay más que dinero en el mundo. El disfrute de hembras cómo tú. Con esos ojos, y ese cuerpo, y la sensualidad que se te sale por los poros.

“No se preocupe. Hay más que dinero en el mundo. Está la amistad y la confianza. Cristina, no me lo va a creer, pero acabo de conocerla y me parece que llevamos años de tratarnos. Tan natural, tan sincera. No, lo digo en serio. Hay momentos en que me recuerda a mi mamá. Y no estoy tratando de adularla. Mire, Cristina, le voy a ser sincero. Para mí solo han existido dos mujeres en el mundo: mi mamá ... y otra. Mi mamá murió cuando yo era poco más que un adolescente. La otra ... la otra vive. Pero está más muerta que mi madre.”

Ya lo tengo tan perfeccionado que me sale casi sin pesar. Un día de estos lo patento.

“Estoy decepcionado del amor y las mujeres. Sólo en raros momentos, cuando encuentro mujeres excepcionales como Ud., deseo establecer una amistad, un enlace puro y desinteresado. Amor, no. Para mí el amor ya no existe.”

Parece que estoy cantando un tango. Ahora me siento en la banquetta, al lado pero debajo tuyo, y te miraré con los ojos brillantes, llenos de emoción.

“Cristina, ¿podemos ser amigos? ¿Sí? ¿Nos tratamos de tú? Gracias.”

Ahora le tomo la mano, y se la aprieto levemente entre las mías. Todo marcha a las mil maravillas, pero no hay que precipitarse. Me levanto bruscamente y le doy la espalda, como para ocultar mi emoción.

“Perdóname, Cristina, por esta escena, pero es que mi vida es tan miserable...”

Se me quiebra la voz, y hay un largo silencio. Con voz trémula continúo:

“¿Bueno, qué dices? ¿Te animas a comenzar el tratamiento hoy, o lo dejamos para más adelante? Para mí no hay problema, porque el próximo paciente lo tengo en una hora.”

En realidad, su cita era para hace quince minutos. Se estará comiendo el hígado. Tengo que pedirle excusas cuando entre.

“¿Cuál es la dificultad? ¿Tienes miedo a la anestesia? Sí, tendré que darte anestesia local, porque te dije que una de las caries luce bastante fea y te dolería demasiado... ¿Tú estás segura que eres alérgica a la anestesia? Está bien, si estás segura, tendremos que hacer otra cosa.”

Creo que tiene miedo. La noto un tanto esquiva.

“Podemos tratar la hipnosis. En los hospitales se emplea mucho para inducir el parto sin dolor, y yo mismo la he utilizado un par de veces con éxito. Si logro que caigas en un trance hipnótico, no te va a doler en lo absoluto. Palabra. Sí, tienes que confiar en mí, pero ¿no somos amigos? ¿No te inspiro confianza? Entonces, ¿qué es? Mira, Cristina, mucha gente le teme a lo desconocido. Sin embargo, la hipnosis está bien reconocida y es muy útil cuando se practica de forma responsable. Yo te garantizo que no va a haber ningún problema. ¿Vale? ¿OK? Empecemos.”

Ya la tengo bajo mi voluntad. Reposo. En unos minutos, te trataré las caries. Pero antes, voy a aprovechar para hacerte unas preguntitas.

“Cristina, ¿me oyes? Me vas a contestar unas preguntas, y siempre me dirás la verdad. ¿De acuerdo?”

“Dime, ¿te gusto? ¿Mucho? ¿Más que tu marido? Ah, él no te gustaba. ¿Por qué te casaste con él? ¿Por cuál niño? ¿Lo tuviste antes de que se casaran?”

¡Qué muchacha. Y lo inocente que parecía!

“¿Han habido más hombres en tu vida? ¿Tres? ¿Antes o después del matrimonio? ¿Y también después de enviudar? ¿Qué pasó con ellos? Cristina, contéstame la pregunta. ¿Qué pasó con ellos? ¿¡Todos!? El más reciente, el que murió de una infección intestinal, ¿murió de la misma forma que tu esposo?”

¡Qué coincidencia! Pero a lo mejor no es tal coincidencia. No creo que me lo va a admitir, ni aún bajo la hipnosis.

“Dime, Cristina, ¿tú cocinas? ¿Le cocinabas a tu marido? ¿Y a tus amantes también? Ahora concéntrate bien. ¿Le cocinaste algo a tu marido antes de que se enfermara? ¿Qué cosa? Ah, a mí también me gusta mucho la langosta. ¿Y a tu primer amante? ¿También? ¿Y al segundo? ¿También? ¿Y al tercero? ¿No? No le gustaban los mariscos. ¿A él que le pasó? Ah, se ahogó en la bañera.”

¿Estoy a punto de tener un romance con Lucrecia Borgia? Tengo que tener cuidado.

“Cristina, te vas a despertar cuando you cuente hasta tres, y no te acordarás de nada de lo que hemos hablado. Uno... dos... tres.”

“¿Cómo te sientes? ¿Estás bien? No, no te pude seguir tratando, porque se me estropeó la freidora. Será cuestión de un par de días el repararla. ¿Quieres que te haga una cita para el jueves? ¿A la misma hora? ¿Cómo? Gracias, pero no tienes que sentirte obligada. Déjame terminar de limpiarte las encías, y dejemos el trabajo en estas cuatro piezas hasta el jueves.”

Ya se marcha. La ayudo a alisarse el vestido. Le doy un beso en la mejilla. Nos sonreímos.

“Eugenio, ¿por qué no me haces la visita? Ven a mi apartamento a cenar, y nos pasamos un rato juntos.”

“Muchas gracias. Lo haré con gusto. ¿Cuál es tu especialidad?”

“Langosta a la termidor. Le hago una salsa bechamel especial, invención mía. ¿Te gusta?”

“Me encanta, pero el médico me la tiene prohibida por el colesterol. Déjame ver mi calendario y yo te aviso cuando nos podemos ver. Hasta luego.”

Más bien adiós.